

# Salutación a Señora Santa Ana

Real Parroquia de Señora Santa Ana

Autora: **Rosa Díaz**

Triana, 26 de julio de 2024

¡FELICIDADES, ABUELA!

Rosa Díaz

*Dedicatoria:*

*A la memoria de mis abuelos paternos,  
Joaquín Díaz Carmona y Ana Ruiz de los Reyes,  
trianeros ambos,  
y de mis abuelos maternos  
Ramón Martínez Delgado y Agustina Rey Asencio,  
él de Sevilla y ella de Extremadura.*

Tiene el gesto sereno, y en la mano  
sostiene una cartilla. Una cartilla  
que un mercachifle se agenció en Sevilla  
y ella le compró en el Altozano.

Un San Joaquín la espera, ya entrecano,  
jugando con su niña. Esa chiquilla  
que corre a darle un beso en la mejilla  
y aprenderá a leer tarde o temprano.

La niña coge el libro a su albedrío,  
y va uniendo palabras en la miga  
donde enseña su madre aquí en Triana.

El sol está metiéndose en el río,  
a un rey Sabio le sale una Cantiga  
y una vecina dice: ¡adiós, Ana!

Querida abuela:

Ya que en ti festejamos a todas las abuelas, quisiera dedicar también esta salutación que se me encomienda, a las miles y miles de abuelas que ejerciendo como tales, dan su amor y su dedicación, no solo como abuela, sino que, en muchos casos, acatan las obligaciones de las madres. Pero ojo, no como madre sino como abuela, porque nada tiene que ver una cosa con la otra aunque en la báscula de los sentimientos, ambos amores vengan a pesar lo mismo.

La abuela es algo antiguo como un hoyo de pan con aceite, como una ternura de bollo de leche, algo más blando que la madre porque ya viene amasado por la vida, y lleva el saber de los días y de la experiencia.

Como el junco, se dobló para no partirse y, como cántaro, se llena y se vacía para seguir repartiéndose. Así serías tú, abuela, cuando viste el ensimismamiento de tu niña delante de aquella ventana de tu casa, que de pronto acogiera una luz especial. Cerca tendrías que estar tú, frente a la sombra del ángel que no alcanzaste a ver y la mirada turbada de aquella adolescente. Tu niña había aceptado su maternidad, y allí tenías que estar tú dando fe de su inocencia y rubricando con tu persona y la honestidad de tu casa, la certidumbre de aquella anunciación de palabras extrañas que, tu hija, tan llena de gracia ya, te contó balbuciente, y casi confundida y temerosa hasta de ti y de su padre.

No pudo ser fácil aquello, abuela. Tu hija podía estar cerca de la duda, la maledicencia y hasta del repudio ante los esponsales acordados con José. Y yo quiero nombrarte como parte sufriente y abnegada de todos aquellos momentos difíciles, donde fuiste bastión y adobe, tierra creada para dar cimiento a la Torre de marfil y al Arca de la Alianza. Tú eras eso y mucho más allanando aquel nuevo camino, y enseñándoles a todos a creer en la que sería Rosa mística, Puerta del cielo y Consoladora de los afligidos.

Así te figuro, y así voy a verte en cada una de nosotras ejerciendo de madre y de abuela.

Puntada a puntada fuiste dejando los ojos en el pequeño ajuar del que iba a venir. La premura de tus manos ordenaba el hogar. Estabas en el trajín de los cacharros de cocina, en la lumbre, en el laborío de los alimentos y así te ofrecías a los tuyos sosteniendo el recipiente adecuado, la patena en la que entregabas el sustento hecho con tu entrega y tu amor. Ahora te reflejas en cada una de nosotras, y por ello presiento que en aquella hora y, más que nunca, no sabrías cómo

complacer y proteger a la muchacha encinta, para que tuviera todo lo que precisaba la criatura que estaba haciéndose en sus entrañas y que tendría que parir y amamantar.

Esos dos seres necesitaban de ti aunque ellos no lo intuyeran y aunque nada te pidieran. Pero tú ya tenías condición de abuela, y te concedías esa pertinaz autoridad con la que toda madre atosiga a la embarazada para que no olvide su alimentación ni haga esfuerzos indebidos. Por eso te escucho decir:

— Anda hija, acábate esa leche y no saques agua del pozo, déjame a mí, que aunque soy mayor, aún tengo redaños para mirar por ti y por lo que viene.

Y cuando llegó el Niño, tu cuido y tu cariño no es que se hiciera mayor ni mejor que el que en su día le diste a tu hija, solamente se hizo más maduro, más perfecto y con miras más elevadas, porque tú no tenías ya la vida por delante sino colgada a la espalda, y ya sabías más que la mar y más que Briján porque para eso eras la abuela de Dios.

Coge el abanico,  
señora Santa Ana,  
que está soplando el levante  
y hace calor en Triana.

Anda, coge el abanico  
y dile al niño una nana.  
Dísela tú, despacito  
porque ya cantar no cantas.

Que eres mayor y te asfixias  
y no puedes con tu alma.  
Dísela, abuela, que el Niño  
va a coleccionar palabras

de al pan, pan y al vino, vino  
que digan lo que proclaman  
sin oscuras intenciones,  
es decir: palabras claras.

A la nana nanita  
duende del agua,  
el sueño de este niño  
se cayó al agua.

A la nana, no llores,  
rey de los cielos,  
que yo te traigo peces  
de caramelos.

Con barro de Triana  
y sal de Sanlúcar,  
hacen las alfareras  
torres de azúcar.

A la nana, barquero,  
ponlo en la quilla  
que lo espera su madre  
en la otra orilla.

La Virgen de los Reyes  
tiene la pena,  
que nunca cruza el puente  
ni es trianera.

Qué dolor de los niños y niñas sin nana de abuela. Sin ese trozo de paz que llevarse al recuerdo, en el último aleteo con que el sueño vence sus párpados infantiles. Tiempo chico y bobo donde se corporizó el amor más perfecto y más desinteresado. Ese que se da por amor al arte de amar.

Así iban las abuelas poniendo siglos al tiempo y así llegaron a este ahora de prisa compulsiva. Las vemos con sus años acumulados, sus achaques y sus sueños cumplidos o sin cumplir, arrimando el hombro vencido y cobijando a sus hijos en esa crecida del amor que dan a sus nietos. Aunque a veces, en la demasía de consentimiento y cariño, los mimos y la educación se malinterpretan, y ¿qué abuelo y qué abuela no se ha pasado un poco en los caprichos? Hasta la mismísima Santa Ana se pasaría en alguna ocasión, y así lo justificaría con la llaneza que tiene Triana para decir las cosas.

Ese Niño de mi niña,  
quiere venirse a Triana  
porque aquí vive su abuela  
que lo deja andar con agua.

Que lo consiente y lo mima  
y se lo lleva a La Plaza,  
y le compra chucherías  
que lo dejan sin las ganas

de comer luego a su hora,  
y a la madre no le agrada  
porque en cuestiones de chuches  
lo quiere tener a raya.

Y yo tengo que decirle  
-dándole un beso en la cara  
de esos grandes y sonoros  
que salen de las entrañas-

“¡Hija, que un día es un día,  
no te enfades tú, mi alma!”

Y mi niña me sonrío  
porque más que buena es santa,

y dice que las abuelas  
tienen la manga muy ancha.

Y eso es verdad, porque damos  
hasta quedarnos sin nada.

Y todo parece poco,  
porque la infancia se escapa  
como el agua en el canasto  
y la arena en la zaranda.

Ya mismo se hace mayor, ¡hija!  
y no dormiré en mi falda,  
y sabe Dios qué le espera  
cuando salga de esta casa.

Seguro que cruza el puente,  
y vuelve de madrugada  
para dejarme en los ojos  
un aguacero de lágrimas.

Qué premonición más tonta  
si a mí no me falta nada  
a no ser por la cartilla,  
que don Manuel me la guarda.

Tengo a mi niña conmigo,  
me he puesto mi manto grana,  
tengo a mi nieto a mi vera  
y está de fiesta Triana.

Cosas de abuela. Y digo abuela pero cómo no mentar al abuelo. A los abuelos de hoy que, seguramente en este trasiego de guarderías y de idas y venidas que se comprometen a dar, están aprendiendo cosas que jamás supieron ni hicieron a sus hijos, y que al llegar los nietos, muchos de ellos o quizás una gran mayoría han ido aprendiendo, y han llegado y siguen llegando mucho más allá de lo que les corresponde. Y así los vemos después de la jubilación, habituándose a nuevos quehaceres y horarios entre las goteras que proporciona la vejez.

Parece ser que todo lo dan por bueno con tal de ayudar a sus hijos, a veces, hasta a subsistir. Y en ese cambalache de amores y favores, va incluido la satisfacción de complacer al pequeño.

Y San Joaquín que lo sabe,  
coge al chiquillo y se marcha  
a la baranda del río  
para que mire las barcas.

Y el Niño ha visto a otro niño  
pescar, y quiere una caña,  
y el abuelo va por una  
y en un pantalán lo planta.

Y el Niño perdió una oveja  
y llora porque le falta,  
y el abuelo va buscando  
por si consigue encontrarla.

Y ahora le ha dicho el chiquillo,  
que colecciona palabras  
para cuando sea mayor  
ir por ahí regalándolas.

Y el pobre abuelo, tan viejo,  
está anda que te anda  
tras la caña, tras la oveja  
y el álbum de las palabras.

Y en ese ir y venir, el anciano sonríe satisfecho, y recuerda cuando fue desterrado del templo -por la esterilidad de su matrimonio- y hasta le dan ganas de re irse de todo aquello. Porque el que fuera padre de una sola hija en una edad tan proveya, ahora vive una vejez llena de armonía y felicidad, mirando a su familia y a su parentela como algo sagrado.

Y en esto, San Joaquín ve  
que se acerca San Juanito  
de la mano de Isabel.

— Mira qué bien, hijo mío,  
juega con tu primo Juan  
en la zapata del río.

Y no te mojes la ropa  
que después dice tu abuela  
que te llevo hecho una sopa.

Y el niño dice con guasa:

— ¡Si yo no me mojo, abuelo,  
yo voy a andar por las aguas!

Dos chapuzones se dan,  
y el río Guadalquivir  
se convierte en el Jordán.

Y ahora ya qué más me queda  
si no es decirle a Santa Ana,  
¡Felicidades, Abuela!